

BOLETIN

DE LA

Academia de Ciencias Políticas y Sociales

Tomo II - Octubre - Diciembre, 1937 - No. 4

Caracas - Venezuela

Discurso de recepción en la Academia de Ciencias Políticas y Sociales del Dr. Julio Blanco Uztáriz

Señores Académicos:

Señoras:

Caballeros:

Por generosidad de los miembros de esta docta Corporación me veo aquí en la tribuna, escalando el último peldaño que franquea la entrada a la Academia de Ciencias Políticas y Sociales. Mi emoción como mi regocijo, están justificados; el honor sobrepasa mis méritos; pero la magnanimidad de un selecto grupo de amigos así lo quiso al patrocinar mi candidatura, acogida luego con benevolencia por una mayoría. Mi gratitud está empeñada y quedo atado por el deber de extremar mis fuerzas para corresponder a la largueza de abrirme puesto entre vosotros.

Al descender de esta tribuna, ocuparé sobrecojido un asiento simbólico de dignidad, aureolado por el pres-

tigio inmanente de esta Corporación científica, en cuyo seno destacan sobresalientes personalidades de nuestro ambiente cultural. El altísimo honor que esto envuelve, lleva consigo, otro, no menos apreciable, el de situarme codo a codo entre una élite de nuestros hombres más caracterizados por su ciencia, su altruismo, sus virtudes; asido a vuestras manos me acerco a una meta.

Otro mérito tiene para mí el Sillón que se me ha deparado. Desde la fundación de la Academia, lo ocupaba el Dr. Pedro Hermoso Tellería, Abogado de nota, quien desde la cátedra en esta Ilustre Universidad, contribuyó a guiar mis primeros pasos por el sendero de la ciencia de mi predilección. Fué el profesor que desde su silla esparcía siempre los dictados de la ciencia, con verbo cordial y afable, a la vez que sentaba jalones de estímulo a las caras ilusiones de los iniciados, descorriendo el velo de los amplios campos del Derecho, vía de la justicia, un tanto confusos para la juventud estudiantil en los comienzos de su carrera. Su optimismo dejó una arraigada huella, consistente y fructífera, en quienes fuimos sus discípulos, base necesaria para acrisolar la resistencia en las luchas por conquistar un ideal, solo lo-gradable por persistente labor de años, con fé y entusiasmo.

El Dr. Hermoso Tellería, de alto espíritu público, dedicó gran parte de su vida a colaborar con laudable consagración en los servicios administrativos y judiciales, ora como integrante del personal político o en la Magistratura.

Desde muy joven se lo ve prestando servicios a su patria como Comisionado Especial en la hermana República de Colombia. De regreso, no se limita a las actuaciones privadas de profesional e ingresa en la vida pública para figurar como Senador o Diputado en repetidas ocasiones.

Más tarde, actúa en la judicatura con elevado espíritu de justicia, llegando a formar parte de la Corte Fe-

deral y de Casación donde se lo distingue con el honor de Presidente.

Cuando se despide de la vida, ya entrado en años, es Vice-Presidente de esta Academia. Yo evoco para él un recuerdo merecido de consideración y de cariño.

IMPORTANCIA DE LOS CONTENIDOS ESPIRITUALES DE LA VIDA

Hay un fuego en la vida, lumbre vaga,
que el dolor de los genios alimenta,
fuego que nadie vé, que nadie apaga,
donde el mundo aterido se calienta.

Es hoguera que llama no despide,
es calor que se siente y no sofoca,
como se siente el aire y no se mide
como se siente el alma y no se toca.

Esto dijo un poeta, en estrofas escritas sobre la tumba de Luis de Camões, sin dejar rastros de su nombre; dijo mucho en esas cortas líneas, que bien cuadran al tema de mi disertación: Importancia de mantener los contenidos espirituales de la vida.

Hay temas arcaicos, que irradian enseñanzas no bien apreciadas por las actuales generaciones, empeñadas en un forcejeo desesperado por algo que no alcanzan a lograr. Las realizaciones materiales, aturden a los hombres con sus destellos deslumbrantes, alejándolos de las verdades seculares que constituyen la esencia de la vida en su faz noble y generosa.

Seducido por esas enseñanzas, vengo a dedicar mi palabra en este acto, al conjunto de elementos espirituales de la vida, un tanto olvidados, a pesar de sus comprobadas virtudes a lo largo de la historia de la humanidad, y en todas las épocas, desde los comienzos, cuan-

do la sociedad se resumía en la familia, hasta la asociación universal que entrevemos al presente. Vengo a reclamar justicia para el alma de los hombres y de los pueblos, esa entidad intangible, exteriorizada continuamente durante siglos, en forma de fuerza, de móvil, de progreso, y de mil aspectos más, siempre avasallantes y elevados.

La Historia, jugosa fuente de aprendizaje, canta sin cesar los inconmensurables méritos del poder de los elementos ideales, origen y al mismo tiempo finalidad del ascenso del hombre en su desenvolvimiento continuo a través de las edades. La materia se presenta corrientemente como instrumento del espíritu, destinada a exteriorizar los impulsos de éste, en múltiples formas, ya bajo el aspecto de conceptos, ya como tradiciones, principios o ideales, sostenidos o perseguidos con todo el ardor de que es capaz la naturaleza humana.

La Historia nos cuenta heroismos de pueblos enteros, triunfantes o vencidos, por su patria, por sus tradiciones, por su religión o por su honor; nos habla de dioses y de mártires representativos de ideales; canta a la gloria como recinto sagrado por cuyas puertas no penetran sino aquellos que a su paso por la vida, supieron elevarse desde los cenegales de la materia para culminar en las regiones ideales donde señorea el espíritu. En cambio, nos señala como a seres inferiores, por infames o traidores, a quienes pospusieron los deberes del patriota, los vínculos de la familia, los dictados de la moral, por el logro de ventajas puramente materiales. Es lo primero la expresión simbólica de los triunfos del idealismo; lo segundo, la representación del materialismo en su predominio animal.

Donde se advierte una acción noble, un trayecto de progreso sano y efectivo, un acto digno del hombre como representativo del animal pensante, allí está el espíritu,

erigido en factor decisivo, en forma de sentimiento de pasión, de deber o de convicción.

No se espere, sin embargo, una disertación por campos abstractos, extra-terrenos; mi propósito es otro, es en la tierra misma donde quiero seguir, paso a paso, las influencias del espíritu, en su calidad de factor del hombre en su constitución dual; es por medio de un cuadro de realidades que aspiro a poner en alto esta verdad: que por la patria, por la familia, por las aspiraciones de justicia y de progreso, se impone luchar por el conjunto de contenidos espirituales de la vida.

En todos los acontecimientos provechosos presenciados por la historia, bien sean de origen personal, o bien provengan de pueblos o naciones, ocupan puesto predominante entre los motivos decisivos, finalidades ideales, actuando con un poder impulsor incontrastable. Ha sido siempre el alma de un hombre o de un pueblo, impulsada por alguno de los elementos que la integran, el factor descollante entre los móviles de las acciones, actuando como hilos invisibles que se materializan en una forma u otra, para traducirse en hechos, sin otra razón, ni sustento que aquello que no se ve se toca, pero que gobierna ascendencia inquebrantable.

Los progresos de las ciencias, y las artes, han logrado realizarse gracias a la fé persistente de sus paladines en la excelsitud del saber, de la fama, de la filantropía, de la gloria, del amor a la belleza, y de tantos otros conceptos componentes del rico haz de idealismos, que elevan al ser humano a un plano de superioridad indiscutible.

Durante el proceso genésico de las organizaciones sociales, se exteriorizan los mismos hechos en forma convincente irrefutable. Las familias primitivas en su función de células constructivas, se muestran como cuerpos fuertemente vinculados por sutiles ligámenes morales, arraigados en el alma colectiva, por las convicciones tradicionales sucesivamente conservadas.

Aquellos pequeños grupos iniciales, de los primeros tiempos, requerían para su cohesión interna, algo más que los solos intereses materiales de sus unidades componentes, necesitaban elementos dominantes de caracteres generales, que tuvieran la virtud de sobreponerse por igual a los factores individuales; que sintetizaran la entidad común, representando intereses propios, por encima de los de cada uno, con exteriorizaciones al mismo tiempo de poder; en resumen, una alma colectiva. La autoridad paterna surgió entonces para compartirse luego con la del augur, piache o sacerdote, símbolo de dioses, a cuyo alrededor se irguió el predominio de lo inmaterial; y la vida espiritual, quedó plasmada, haciendo posible, que aquellos grupos se desarrollaran en progreso continuo, cada vez más sólido, hacia grupos mayores, atados siempre en su contextura, por aquellos hilos imperceptibles que evolucionados perduran hasta el presente.

Más tarde, se los encuentra, también en Grecia, como en Roma; la primera, donde predomina el culto por la belleza, la filosofía y las artes, cimiento de la sobresaliente constitución nacional de sus tiempos gloriosos; y la segunda, en sus épocas famosas de engendro del Derecho y de las Instituciones, con la Justicia por norma. Ambas subieron a las cúspides admirables donde las llevó la fama, para descender luego al debilitarse por la influencia perniciosa del materialismo. Paralelo al descenso de su nivel espiritual, decayó el poder de cohesión que las había hecho grandes y así quedó modelado en párrafos de historia, para el futuro, todo cuanto vale el alma de los pueblos dada su formación ideológica.

El fenómeno se repite posteriormente en las transformaciones sufridas por casi todas las naciones. El progreso efectivo y perdurable va siempre acompañado del predominio de los elementos psíquicos, por la influencia de los ideales, el calor presionante de los conceptos religio-

sos, las aspiraciones de justicia, los preceptos de la moral, los sueños de gloria.

Los sacrificios, los heroísmos, las acciones pujantes de nobleza y abnegación, se los encuentra nutridos en impulsos ideológicos, por planos abstractos que escapan a los sentidos. En el circo, desfilan en procesión heroica, los mártires cristianos; por las deidades de sus tribus, el honor de sus mujeres, y la libertad de sus agrupaciones, van al sacrificio los Caciques, a la cabeza de sus hombres; prefieren abandonar sus tierras, sus hogares y sus riquezas, antes que renunciar a las bases ideales de sus creencias, esencia y razón de lo que idealmente constituye su patria.

Las prédicas endiosando la moral, la caridad, la abnegación, precursoras del triunfo del Cristianismo, una vez adentradas en los hombres, se transfiguran en poder efectivo, y la fuerza material de los Césares, con sus legiones al parecer invencibles, se estrella contra ella irremediablemente, para convertirse a la postre en su aliado sumiso.

Más pudieron el 93, las reacciones provocadas por clamores de justicia y de libertad, que la secular estructura monárquica con sus fuerzas materiales; a ésta le faltaron los elementos morales necesarios para mantenerse; y cayó impotente por el desprestigio de su alma.

Francia, el país de contextura nacional más sólida, el puntero del progreso, encumbrado en pedestal muy alto, tienen muy en alto también el culto del espíritu. Su alma nacional, está sólidamente cimentada en un acendrado patriotismo, en el honor de su raza y de sus héroes, en el glorioso conjunto de sus tradiciones. Ese pueblo sibarita, que gusta de los placeres, que venera la riqueza, siempre que ha tenido luchas por sus ideales, sus tradiciones o sus ídolos, se ha lanzado presuroso al sacrificio de su vida y bienestar, marcando una huella imborrable de superioridad y de grandeza. El ímpetu he-

roico de los afamados ejércitos franceses, no proviene de los cañones, ni está en los fusiles que llevan al hombro sus soldados; tales implementos nada valdrian si cada unidad de sus ejércitos, no llevara dentro un alma grande, bien nutrida por los conceptos fundamentales que la sustentan en el camino de la gloria.

Al igual que en Francia, en todos los países que se han destacado en cualquier época, se observa lo mismo; grandes y admirables mientras existe el predominio de lo moral; en decadencia y retroceso cuando se debilita la influencia del alma.

No es la materia tampoco, la que sustenta las Corporaciones artísticas y científicas; éllas se alimentan de algo más elevado, sus misiones se perfilan por esferas fuera del ambiente material, y sin embargo, adquieren la condición de cuerpos fuertemente influyentes, que suman multitudes, sumisas a sus dictados, cual si dispusieran de medios coercitivos. Sin cárceles ni ejércitos, dictan preceptos, imponen deberes, conceden honores, y se exteriorizan con el poder intangible que tienen las convicciones, que involucra la ciencia y que caracteriza lo bello.

Seguidos los hombres individualmente en su carrera, se los ve postrados en actitud reverente ante el altar de aquellos que por su ciencia o sus acciones, han encarnado ideales, saliéndose de la tierra, para ocupar regiones intangibles donde solo culmina el espíritu. Esos seres agigantados, han llegado a la cima de sus sueños por los senderos idealistas, reservados a los escogidos. Para ellos, el mundo de los grandes, de los superiores, está en las regiones donde se sublima el alma, y de allí viene su grandeza, traducida para la humanidad en bienes inapreciables que perduran por siglos. El canto sugestivo que dedican los hombres a esos seres representativos de deidades, es un símbolo que se desdobra para constituir

el más admirable monumento a las virtudes mismas que los condujeron a las excelsas regiones de la gloria.

En nuestro medio americano, se yergue una de esas columnas hermosas, envuelta en incienso perfumado de gloria, hacia las regiones olímpicas. La pléyade selecta de nuestros libertadores, engastada en el más puro idealismo, plasma los elevados conceptos de los representantes de la joven raza americana.

Aquellos privilegiados, criados en su mayoría entre las muelles comodidades de la holgada posición económica de sus antepasados, señores de casta y fueros, no vacilaron en abandonarlo todo para sustentar la lucha inclemente por los ideales de patria y libertad.

Estas aspiraciones se les revelaron con elevada superioridad, aún sobre la vida misma y seducidos por éllas, corrieron presurosos a su conquista, dando la espalda a las riquezas, con menosprecio visible y desprendimiento digno de Dioses.

Era que se habían nutrido en ricas fuentes purgadas de materialismo; sus almas estaban templadas en el crisol sublime que los hizo fuertes como el acero, grandes como el espacio, dignos como dioses, y así ataviados pudieron realizar la obra magna que los llevó al Olimpo.

Bolívar, nuestro héroe máximo, ensalzado por mil títulos, tiene uno que supera a los demás. Fué estratega, gran capitán, filósofo, político, escritor, héroe legendario, visionario perspicaz, pero por encima de todo esto, descolló como la encarnación de las ideas generosas de patria y libertad. Con su verbo elocuente sedujo a los hombres, con su ejemplo los enalteció, con su espada los condujo al triunfo; mas, no habría traspasado los lindes de la tierra, si esas virtudes no hubieran estado al servicio de algo más elevado que los simple triunfos materiales, de algo perdurable en el tiempo y en el espacio.

Entre los tenientes del gran hombre, muchos lo acompañaron a las regiones supremas de la gloria, mas otros, que realizaron acciones portentosas de valor y de mérito, no lograron seguirlo por deficiencia en su nivel moral, a pesar de ser dignos de admiración y gratitud.

Este canto al idealismo, no es un sueño inútil para la vida en los cielos; sus repercusiones se traducen en hechos terrenales de utilidad indiscutible para el progreso de los hombres y los pueblos. Bueno es lograr razas sanas y fuertes, aptas para la procreación de la especie, que presten sus músculos para el cultivo de los campos y la recolección de las mieses; con resistencia para constituir legiones y conducir cañones, mas eso solo no hace patria, ni forma naciones. Es al calor del sustento moral que el ente físico se transforma en elemento superior, de utilidad práctica, para la vida perdurable de los pueblos; con animales de trabajo solamente, apenas se llega a integrar masas informes sin cohesión ni dignidad, fácilmente deleznable.

Sin Panteones ni Olimpo, donde encumbrar los apóstoles de ideales, poco puede esperar la humanidad en su futuro; sin la exaltación de los factores morales, solo decadencia nos espera. Si queremos patria fuerte y grande, ataviada con las virtudes fundamentales indispensables para su subsistencia, erijamos altares en nuestras almas, a la justicia, al amor a la patria, a los dictados de la moral, a las religiones, a la familia, al sacrificio, a la abnegación, al heroísmo, al mérito, a las ciencias, al deber y a tantos otros conceptos que alimentan al alma. Luchemos por los contenidos espirituales de la vida, y solo así, avanzaremos en procesión ascendente hacia las cumbres que nos señalaron nuestros Libertadores.

Caracas: catorce de Julio de mil novecientos treinta y siete.

J. Blanco Uztáriz.